

otro remedio, por lo menos recuerde lo que dice Chateaubriand hablando de *Klopstock* y su *Mesiada*: que la magnitud del asunto no da grandeza á la poesía; que el revolver cielo y tierra no comunica sublimidad al poeta, si de otra parte no le acude.



LO PROHIBIDO

NOVELA DE PÉREZ GALDÓS

Pocos días hace que una de las revistas literarias más populares en Francia (*Revue politique et litteraire*), aseguraba que Pérez Galdós es un novelista de primer orden. *Il est aujourd'hui le vrai romancier de l'Espagne*, añade el crítico francés; y aunque yo creo que sería más justo decir, en vez de *el verdadero, el mejor*, aplaudo la buena intención de M. Leo Quesnel, y estoy muy conforme con todo lo que escribe, para probar que el autor de *Gloria* y de *Tormento* puede colocarse al lado de los más eminentes noveladores. Habrá de Galdós á Dickens la distancia que haya de España á Inglaterra; de Galdós á Balzac la distancia que haya de España á Francia, y en este sentido no hay asomo de hipérbole en lo que dice la *Revue politique et litteraire* cuando afirma que nuestro autor no aspira á tanto como ser nuevo Cervantes, y que se contenta con ser el Balzac de su país.

Tormento y *La de Bringas* son las dos novelas que el articulista examina especialmente.

No han hecho con ellas otro tanto muchos críticos españoles. *La de Bringas* apenas mereció los honores de la censura. Un crítico de mucha fe, y, al parecer, muy valiente y convencido, dijo de ella atrocidades; esto es, la puso como un trapo, en uso de su derecho.

Por mi mala suerte, yo mismo, que desde que ando en estas aventuras de criticar no he dejado sin su artículo correspondiente obra alguna de Galdós, no tuve donde decir buenos ojos tienes á *La de Bringas*.

Diré de paso ahora que voto con el crítico francés, y no con el español; que si bien encuentro defectos, y sobre todo falta de *tramoya* en *La de Bringas*, la juzgo como *episodio nacional contemporáneo* (que eso es), obra maestra de observación y perspicacia.

El final está hecho de prisa, con poco arte tal vez, pero antes hay primores dignos de Balzac, como dice muy oportunamente Leo Quesnel. No pretendo con esto molestar á quien opine de otro modo. Quiera dar mi parecer, así, de pasada.

¿Y *Lo Prohibido*?—De eso se trata.

Así como Francisco Navarrete escribió su novela *Los Tres Hermanos* sin usar de la letra *A*, vengo yo hace tiempo procurando escribir de las novelas que aparecen, sin hablar de naturalismo ni de idealismo; pero menos hábil que el ingenioso novelista, tropiezo á lo mejor con las palabrejas dichas, y no puedo pasar

adelante si no digo algo de lo que quisiera tener callado. Y al fin, de los nombres, con algún esfuerzo, puede prescindirse, toda vez que no son muy exactos; pero de las ideas correspondientes, es imposible. Sucédeme ahora que para defender *Lo Prohibido*, que ya han atacado algunos, no puedo menos de hacer notar que, siendo como es muy legítima la casta de libros que no tienen por objeto el mundo real, ni por fin parecerse á él, tampoco son *mánceres* (Sancho Panza lo diría de otro modo) las novelas en que el autor quiere prescindir de ese arte de componer que descoyunta la verdad para conseguir la unidad tripartita, ó cualquiera otra de las reglas arbitrarias que ahora invocan los que en sus mocedades fueron románticos. Si ha de ser defecto escribir series de novelas, como hizo Balzac y hacen hoy muchos; si ha de ser defecto trasladar de unas á otras los personajes; si ha de ser defecto no acumular al fin de cada obra de imaginación una especie de Apocalipsis, un día del Juicio en que se dé á cada cual el cielo ó el infierno, según la hoja de servicios; si ha de ser defecto, sobre todo, no despedir el duelo del *protagonista* en el cementerio... Galdós puede dedicarse á otra cosa; pues siendo él, como es, un hombre convencido, no hay que esperar que vuelva á dar otra en el clavo, por lo menos en ese clavo; como le sería tan fácil si quisiera.

Si la noticia de que Galdós se ríe, como se reían los dioses de Vulcano, cuando le ladran los gozquecillos

idealistas, pudiera contribuir á hacerlos callarse, yo sentiría vivamente haberla dado; pues la belleza de la noche de luna no sería completa sin los tristes ladridos de los canes (que también son idealistas á esas horas).

Galdós tiene un plan, señores falderos, y no hay perro ni gato que le haga cambiar de rumbo.

No se den por aludidos aquellos críticos que, encontrando bueno lo que Galdós so propone, creen que se equivoca en el desempeño. Eso es otra cosa; eso es crítica, eso es crítica como la quería Flaubert cuando pedía á gritos, al quejarse á Jorge Sand de los censores de su país, que hablase la censura artística del arte puro, no de conveniencias sociales, no de moral, no de historia, no de filosofía.

Yo creo que se equivocan también los que no encuentran en las últimas novelas de Galdós habilidad bastante para la empresa que echó sobre sus hombros; yo pienso de otro modo; pero reconozco la legitimidad de la crítica desde el momento en que se coloca en este terreno de controversia congruente.

—

Si el lector encuentra una fórmula para decir, sin pecar de inmodestia, que no todo lo que escribe Galdós es para todos, póngala aquí, porque yo no la encuentro, y no quiero parecer vanidoso, cuando estoy seguro de no serlo.

Lo que yo juro es que *Lo Prohibido* es la novela más profunda, más humana, *más novela* sobre todo, que se ha escrito este año, tan fecundo en novelas, alguna tan excelente como *Sotileza*.

Téngase en cuenta que Galdós ya no escribe por conquistar esa fama que se consigue redondeando bien un librito ameno, *acabado*, que es una joya, que está á la altura, no sólo de todos los corazones, sino de todas las inteligencias; un librito cuyas cualidades recomendables recite de memoria el último gacetillero. *Vade retro!* Eso se hace al principio, ó cuando nunca se ha de pasar de medianía. Cuando se es Balzac, Zola, no se escribe para dar gusto á los más, sino siguiendo un propósito firme, serio, que obedece á la vocacion y á la conciencia. ¡Felices los grandes ingenios que pueden desperdiciar una popularidad para recoger, más adelante, otra más sólida, más digna de que se le sacrifique la vida entera!

Para Galdós, nada sería más fácil que escribir libros de recreo universal, con escenas dramáticas á porrillo con chistes y gracias á borbotones... Pero eso ya lo ha hecho muchas veces... Ahora quiere otra cosa. Ahora penetra en el alma verdaderamente humana, y estudia y pinta la sociedad española por dentro, por primera vez, sí, por primera vez. ¿Y cómo hace esto? En una serie de novelas, como Balzac lo hizo, respecto de Francia, en *La Comedia Humana*; como lo está haciendo también el autor de *Germinal*. El que no comience

por fijarse en esto, no puede juzgar *Lo Prohibido*, ni las novelas anteriores. El *Doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas*, etc., etc.

Hasta Galdós, ningún novelista español había penetrado de veras en las entrañas de nuestro cuerpo social, anémico y lleno de drogas, con que en vano procura remediar males secretos apestosos.

Lo Prohibido es un episodio más de esta historia, la más difícil y hasta ahora la mejor de cuantas lleva escritas el fecundo novelista. Después de *La Desheredada*, es acaso *Lo Prohibido* el libro más importante, por la pureza, la verdad, la profundidad y la frescura de la composición, entre todos los de esta época de Galdós. Tiene dos tomos, y acaso debió tener sólo uno, reduciéndose en alguna parte la materia del primero.

Por primera vez, se presenta en *Lo Prohibido* el dato fisiológico bien estudiado, en la literatura española, influyendo, si no todo, casi todo lo que debe influir.

No pretendo yo adular á Galdós; no diré, por consiguiente, que ha llegado en este punto á cuanto el gusto contemporáneo puede desear en la novela; pero es lo cierto que hasta aquí nadie había en España tomado en serio esta relación del cuerpo y del espíritu.

Los que escriben novelas sin saber nada de cierto, creyendo que los conocimientos variados y exactos no hacen más que *matar la inspiración* y criar pedantes, renegarán de todo estudio novelesco que, como *Lo Prohibido*, procure llevar en relación verosímil el ele-

mento que creemos libre en nuestras acciones con el determinado seguramente por la naturaleza, ya la ambiente, ya la pegada á nosotros en el organismo.

¿Para qué todo eso? dirán: ¿para llenar de esdrújulos griegos el estilo?—No; esos esdrújulos deben ocultarse siempre que buenamente se pueda: los andamios científicos están mejor escondidos, si no hay peligro en ocultarlos; pero el estudio de la verdad probable, y por consiguiente el respeto á la realidad de las relaciones fisiológicas y psicológicas, es ya indispensable. Cuando se prescinde de esto y de otras cosas por el estilo, se puede escribir todavía libros excelentes, pero no se escribe la novela más propia del día.

Yo de mí puedo asegurar que leyendo novelas cuyos autores nos revelan que no piensan más que el vulgo, que no saben más que el vulgo, aunque á veces encuentro deleite en tal lectura, tengo la convicción, mientras leo, de que... estoy perdiendo el tiempo con mucho disimulo. Yo sé que el *quid divinum* no se adquiere estudiando; yo sé todo eso y muchas cosas más á ese tenor; pero ¡señores! que no se trata de esto, que se trata de escritores de algún talento que son unos holgazanes, que se hacen hasta vulgarotes é insignificantes á fuerza de no pensar en nada serio, de no referirse á nada grande, á nada que importe de veras al mundo. Por lo demás, son muy graciosos esos autores que invocan el arte por el arte, que parodian, sin entenderla, una frase célebre, y dicen que

ellos á lo que atienden es á la belleza del estilo; á la forma, y á lo mejor sueltan un solecismo como una torre...

Mientras lee *Lo Prohibido* el lector á quien algo importan la vida social, el mundo, las ideas, la verdad, la moralidad, todos los grandes intereses humanos, siente el bienestar del que trabaja en tarea provechosa.

Aquello no es juego de niños ó de adultos ociosos, enfermos de pereza, anémicos de ideas; allí hay algo más que ese ridículo prurito del lector que goza *erigiéndose* en juez y diciendo á cada página: «pues esto es bonito, pues esto no lo es; pues aquí aplaudo, pues aquí no; pues esto *resulta*, pues esto no resulta...» En *Lo Prohibido* el buen lector tiene algo más que pensar que esto, y el autor está ocupado también en algo más grande que hacerle cosquillas en el espinazo á un holgazán que cree emplearse en cosa útil y sería leyendo días y días mentiras interesantes.

Es claro que las novelas no son ni pueden ser tratados científicos de la vida; es claro que el artista ha de contentarse con la belleza; ¿pero la belleza de qué? ¿Siempre la belleza del espectáculo de la naturaleza exterior, ó de los lugares comunes de la pasión, ó de la vida superficial, ó de las relaciones que todos ven y aprecian? ¿No hay belleza también en lo que ve el fino observador, en lo que no advierte el hombre irreflexivo? ¿No hay belleza en las ideas recónditas que

descubre el moralista, el artista, el político, etc., etc.? ¿No ha de ser bello más que lo que todos vemos y notamos todos los días, y tal como todos lo notamos?

En *Lo Prohibido* lo aparente es bien peca cosa; así lo han demostrado revisteros de esos que *cuentan* el argumento de las novelas nuevas lo mismo que relatan el *crimen de la calle de tal...* Un don José María, rico, español inglés, como la doña Camila de Cervantes, tiene tres primas que son hermanas gemelas, las tres nerviosas como el mismo José María y como toda la parentela. El rico y desocupado primo enamora á la segunda prima, casada, y le compra cuantos muebles y trapos quiere la antojadiza Eloísa, que apenas se sacia con todos los de Madrid y muchos de París.

Muere Carrillo, que es el marido burlado, en brazos de José María, y éste, en vez de casarse, pasado el tiempo legal, con la viuda, segun había prometido, se separa de ella poco á poco y la deja tomar otros amantes, mientras él se enamora de la prima menor, de Camila; y sin enamorarse, sólo por vengarse de Medina, otro marido que le da muchos cigarros, seduce también á María Juana, la hermana mayor, mujer del tal Medina. Camila, casada igualmente, no se da á partido; José María se desespera, su neurósis le deja postrado, convertido en un animal; y con medio cuerpo inmóvil, víctima de la hemiplejía, muere el ricacho sin probar la fruta más sabrosa, la que, ade-

más de prohibirla las leyes, prohibió el honor firme.

Esto es, ni más ni menos, el argumento referido como suele referirse; pero *Lo Prohibido* es mucho más que eso.

Es un estudio penetrante y muy aproximado á la exactitud de la miserable vida de nuestra pobreza encofetada y ostentosa, y de nuestra riqueza holgazana, viciosa y enfermiza. José María representa el dinero que se gasta mal, que se desperdicia en locuras y tonterías, en sobornar á la virtud y levantar templos á la prostitución; el dinero de los ciegos, de los ignorantes, que aun en los momentos en que quieren trabajar, no encuentran más camino que el de la Bolsa; el dinero que se pierde por jugarse á espaldas de la misma ley, demasiado ancha y poco timorata; el dinero que va y viene en especulaciones artificiales, que nada tienen que ver con la natural circulación del capital en la vida de la riqueza. Es *Lo Prohibido* también reflejo de la vanidad más antipática é irracional en ciertas clases, y sobre todo en los grandes centros; la vanidad de fingir fortuna y gastar como si se tuviera; reflejo de la corrupción estúpida, casi animal, que vende cuerpos y honras por el boato, por trapos y muebles, por objetos de arte que sólo se estiman por lo caros.

Pero no es esto todavía lo principal de *Lo Prohibido*; y aun hubiera convenido, como va indicado, que el autor hubiese abreviado la narración algo en este

punto, ya que lo más importante de la novela iba á ser, no la caída de Eloísa, sino la resistencia de Camila.

Camila es, sin duda, la mujer más hembra, más graciosa, más viva y fuerte que ha pintado hasta ahora ningun novelista español moderno.

La historia de su virtud sencilla, natural, mitad virtud, mitad salud, poética hasta lo sublime, con apariencias prosaicas, es lo más interesante y lo más bello de este libro.

En el primer tomo hay algunos capítulos en que *decae algo el interés*, porque se insiste demasiado en los pormenores de la vida que hace una *burguesa* que gasta como una gran señora á costa de su honor; los *Jueves de Eloísa*, con ser excelente estudio de observación y adivinación á lo Balzac, no pueden menos de parecer prolijos á los lectores que tienen por costumbre impacientarse pronto; pero después, desde que Carrillo, el anglomano, el altruista, semiángel, cemi imbécil, agoniza y muere, no *decae el interés* ni un solo instante, y el que otra cosa diga, debe de leer distraído ó ser un marmolillo. La muerte del filántropo, tipo real dibujado á las mil maravillas, es dramática, sin necesidad de efectos trágicos; y sin salir del estilo llano y familiar que es en él casi constante, llega en este punto Galdós á lo patético natural, produciendo impresión profunda de realidad. La situación del adúltero al lado de su víctima, el crimen en zapa-

tillas, como podía decirse, el crimen sin aspavientos, familiar, con aspecto de honradez, hasta sin cara de hipocresía. como es corriente en el mundo cuando se trata de infamias de tal estofa, está representado con la maestría á que en España, en tales asuntos, sólo llega Pérez Galdós. ¡Qué escena aquella, casi muda, entre el cura que confiesa al marido engañado, y el seductor José María! Aquel humo que el clérigo taimado y el criminal ladino se echan á la cara, es un detalle que revela más talento y más arte que muchos libros enteros que ya son clásicos.

En el tomo II todo casi es de primer orden; el análisis psicológico penetra más y más cada vez; los personajes, si ya tienen gran relieve y figura exactamente humana, se convierten en seres vivos, adquieren el supremo interés de tales; y Camila y Constantino su esposo, *su borriquito*, y José María, llenan el cerebro del lector de alucinaciones; creemos vivir con ellas en aquella vecindad peligrosa, y toda su prosaica existencia, con la sublime poesía oculta á que trasciende, nos llena el alma.

Los celos que el marido amado, á pesar de los defectos patentes, despiertan en el desdeñado seductor de primas; aquellas luchas cuerpo á cuerpo en el gimnasio, en la sala de esgrima, en el baño, en que los abrazos toman aspecto peligroso y amenazan acabar en riña seria; aquellas batallas que da la pasión de osé María al honor de Camila en la cocina, en el

comedor, en la calle, en la tienda, por mar y tierra, donde puede, son, como quien no quiere la cosa, primeros de arte dignos de figurar en obra que se llama-se *Madame Bovary*, ó *La Cousine Bête* ó *La Joie de Vivre*.

Cuando Galdós se decide á ser sentimental, ó patético, ó terrible, ó atrevido, produce una impresión extraña, que se diferencia mucho de la que sentimos cuando otros maestros apelan á los mismos recursos. En Galdós la fuerza de la emoción, gracias al vigor con que él siente y comprende la situación y la expresa, es igual que en otros grandes novelistas; pero además tiene el encanto de contraste que ofrece con el estilo, que no deja un momento de ser llano, corriente y hasta muchas veces algo difuso.

Galdós no se exalta cuando llega á los rasgos sublimes, á las escenas fuertes; sigue escribiendo como si tal cosa, y aun se nota más este contraste en sus novelas autobiográficas, como en *Lo Prohibido* sucede.

Yo no sé si habrá sido más tierno poeta alguno, que lo es Galdós, sin aparato lírico, cuando Camila, algún tiempo después de la muerte de su hijo, cuando ya parece olvidada de él y entregada á la alegría natural de su temperamento, de pronto interrumpe sus carcajadas ó sus quehaceres para suspirar con estrépito: «¡Ay mi nene!»

Sí, sí: así duelen los grandes dolores, aun después de pasar ese tiempo que llaman bálsamo; duelen como

espinas que han ido ahondando en la carne, y que cualquier movimiento brusco clava más y más con punzadas que arrancan llanto... Pero Galdós no hace comentarios: dice eso, y sigue y... *qui potest capere, capiat*.

La relación entre lo espiritual y lo material, su mutua dependencia que, según ya he dicho, es elemento muy importante en esta novela, se ofrece con más intimidad y efecto desde que José María padece la gran crisis en que su amor, su fortuna y su salud están comprometidos.

Aquella desesperación á la puerta de los *borriquetos*, de Camila y Constantino; aquella especie de locura que acaba por una catástrofe del cuerpo y del alma, no se la explicarán los que no estudien las novelas serias con la atención que merecen.

Aquello, que es lo más natural, lo mejor estudiado; podrá parecer inverosímil al que aplique á situación tan compleja, los patrones de una retórica falsa y superficial que guían aún á muchos que se llaman pomposamente naturalistas y no son más que unos pobres diablos que leen mal y entienden peor.

Desde que el protagonista es *Nabucodonosor*, aparece en el libro una profunda tristeza, que no es pesimismo, ni determinismo, ni nada sistemático, sino algo más triste que todo eso, una tristeza verdadera, real, *lacrymæ rerum*; y la enseñanza moral es severa, profundísima; se presenta con lo que llama el autor

la conciencia física; y sin declamaciones, sin teorías, sin misticismos, habla á voces con los hechos, con la lógica, con la necesidad de las leyes naturales, terribles en sus castigos de providencia anónima...

¡Cuán callada que va por las montañas!—decía el poeta sublime de la Epístola moral, hablando del aura; y eso se puede decir de la poesía íntima de este libro, sobre todo en los últimos capítulos. ¡Cuán callada que va por aquellas páginas, sencillas, irónicas á veces, otras de un sentimiento puro, delicado, suave!... ¡Eso, eso es naturalidad, señores botarates! ¿Qué, no lo entienden ustedes así? ¡Mejor! Miel sobre hojuelas.

¿No sienten ustedes lágrimas en los ojos cuando José María, enfermo, inmóvil de medio cuerpo, con la boca torcida, inútil para el amor, para todo lo que no sea conciencia y dolor, chispas últimas del fuego espiritual, pregunta á Camila por escrito: *¿Belisario?* es decir: ¿conque vas á tener otro hijo, el hijo de tu marido, el que yo no quería que naciese y ahora bendigo, porque ya aprendí que soy polvo, y que el bien obrar es lo único que no se convierte en barro? ¿No les parece á ustedes aquel «¿Belisario?» elocuente, tierno, sublime y moral?

.....
Mucho más quisiera decir de *Lo Prohibido*, aunque sólo fuera por poner remate á los tópicos de lo que aquí se entiende por crítica de una novela. Quisiera hablar de los personajes secundarios, recomendar sus

méritos, citar sus defectos, hablar del estilo, distribuir coronas y alabanzas, como es de cajón, y sobre todo, ordenar este artículo que allá va como fué saliendo. Pero ya no hay espacio.

La literatura en días como estos debe contentarse con un rincón en los periódicos y otro rincón en el cerebro de los lectores.

Yo mismo, bastante alejado de las esperanzas cortesanas, estoy pensando en este momento en la política, y estoy preguntándome: ¿cuántas palabras redondas tendrá el Sr. Robledo? ¡Paso, paso á la política!



JUAN FERNÁNDEZ

UN Sr. D. Juan Fernández, que no escribe mal, pero que debe de tener muy mal genio y ser en su casa un tirano con grandes berrinches, publica en *El Imparcial* un artículo rabiado contra Miguel Escalada, que todos sabemos que es un escritor muy conocido y muy listo. D. Miguel sabe defenderse y aun atacar, y en esta ocasión, si lo juzga conveniente, responderá con los bríos que ya demostró cien veces. Pero como si sobre él va el chubasco, algo nos moja á los que más ó menos hemos sacado á relucir las definiciones de la Academia, yo, por lo que me toca, y además porque quiero y la calle es de todos, voy á echar también mi cuarto á espadas.

El Sr. Fernández quiere defender á la Academia de los censores que en una ú otra forma criticamos el *Diccionario de la docta Corporación*, y parece así como que se funda, para declarar la impertinencia de tales críticas, en el buen estado de nuestras relaciones con

la América española. La filosofía del señor Fernández viene á ser esta: si queréis que los americanos nos consideren y se arreglen con nosotros, no desacreditéis á los académicos actuales que nos representan. Ante todo, Sr. Fernández, muchos de los académicos actuales no tienen nada que ver, ó tienen muy poco, con la última edición del Diccionario, y seguro estoy de que los disparates que entresaca Escalada no son de Castelar, ni de Campoamor, ni de Núñez de Arce, ni de M. Pelayo, etc., etc. Todos estamos en el secreto. Pero de todas maneras, si el Diccionario tiene muchos disparates—y sí los tiene,—más nos desacredita él solo que acompañado de comentarios, los cuales pueden probar á lo menos que hay en España quien sabe español mejor que los que no lo saben. Si los disparates fueran pocos, se podría hacer la vista gorda (y aun así convendría más no hacerla); pero son muchos, señor Fernández, son muchos. Dice el paladín de la Academia que entre tantos cientos de miles de vocablos, algunos tienen que ir mal definidos. ¡Pero, Señor, si son tantos los que van mal! Abro por cualquier parte el tomazo ese, y salta un gazapo. Probemos.

Catedrático.—Bien; justamente ese es mi oficio. Veamos lo que soy yo, según la Academia:

«Catedrático.—El que tiene cátedra para enseñar la facultad á que pertenece.» No es verdad; yo tengo una cátedra, pero no enseño la facultad á que pertenezco, porque pertenezco, v. gr., á la facultad de De-

recho, y enseño exclusivamente una asignatura de esa facultad; por ejemplo, Derecho Romano. Un catedrático que enseñara la *facultad* á que perteneciera, reventaría de fijo.

Y á propósito de Derecho Romano: el Diccionario habla de *novelas*, y se mete á decir que así se llama á «cualquiera de las leyes nuevas de los Emperadores que se *añadieron* y *publicaron* después del *Código de Justiniano*.» Todo eso está mal. Verá usted, Sr. Fernández: 1.º Justiniano publicó dos Códigos; hace falta decir, por tanto, que aludía al llamado *Repetite prælectionis*. 2.º Aun así, no habríamos adelantado nada, porque esas novelas no se añadieron al Código. 3.º Mucho antes de las novelas de Justiniano, cuando no había tal Emperador, se publicaron muchas novelas de varios antecesores de Justiniano con el título de *Novelle Constitutionis*. Querrá usted decirnos que los académicos no tienen obligación de saber estas menudencias; pues entonces, ¿para qué se meten en novelas de once varas? Además, el Diccionario no sabe que en Alemania hay leyes que se llaman novelas también. Y basta de novelería.

«Carbón de piedra.—Fósil, etc., etc., de color oscuro ó *casi* negro.» Negro, señor, negro; atrévase usted: negro como un carbón. ¿No es negro el carbón? ¿No hay carbón negro?

«Cana.—Más usado en plural.» ¿Por qué más usado en plural? ¿Qué sabe la Academia? ¿Ha hecho la esta-

dística de las veces que se ha hablado de una cana sola y de varias? «La primera cana, una cana al aire, arráncame esta cana,» son frases que se emplean con tal frecuencia, que es incalculable el número de veces que se habrán usado. ¿Quién la mete á la Academia en tales matemáticas, ni qué falta hacen?

«Club.—Junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina.»

Eso quisiera Cánovas. El club será comúnmente clandestino cuando no haya libertad; pero habiéndola, ¿por qué? ¿Ó es que el Diccionario, escrito por reaccionarios (y esta es la madre del cordero), sólo sirve para cuando manden los conservadores? Además, si se admite la palabra *club*, debe ser con su sentido propio, y los clubs no son exclusivamente políticos: ahí están el Veloz-Club, el Bilis-club y otros.

«Ciclón.—Huracán en el Océano Índico.»

Ya lo oyen los marineros de nuestras costas; cuando les hablen de ciclones, ríanse y digan: ¡ahí me las den todas! Para el Diccionario no hay más ciclones que los del Océano, y eso el Índico...

«Cieno.—Lodo blando que forma depósito en ríos, y *sobre todo* en lagunas.»

Ese *sobre todo* vale un mundo. Y lo de no haber cieno más que en los ríos y en las lagunas, vale otro; otro mundo.

«Levantar la casa.—Mudarse una persona *con su familia* de un lugar á otro, para residir en él.»

De modo, que el que no tenga familia, aunque tenga casa puesta, no puede levantar la casa. Y el que la levanta, como no sea para residir en otro lugar, como si no la levantara. Yo, por ejemplo, con familia y todo, en vista de que siendo catedrático tengo que enseñar una facultad, y esto es mucho para mí (*sobre todo*, como dice la Academia, en vista del poco sueldo que me dan), decido dejar el oficio y hacerme... cualquier cosa, cómico de la legua, sin residencia fija, v. gr. Lo primero que se me ocurre es levantar la casa...; pero no puedo, porque la Academia me obligaría á residir en otro lugar; y eso no me conviene. Claro que las más veces el que levanta la casa se muda y se va á vivir á otro lugar, es decir, no á otro lugar en el sentido de otro pueblo precisamente, como parece indicar la Academia al escribir para *residir* en él. Y *sobre todo*, el que levanta la casa puede no tener familia.

«Mientras en mi casa estoy, rey me soy.—Refrán que *indica* que quien está contento con su suerte, no solicita *favores ajenos*.»

1.º Los favores siempre son ajenos, según el Diccionario, pues es favor «ayuda, socorro que se concede á uno.» Y yo no me ayudo ni me socorro á mí mismo.

2.º Ese refrán no quiere decir precisamente lo que la Academia asegura que indica.

Y basta por hoy.

El Sr. Fernández insiste en que la campana es una

copa boca abajo, y cita en su apoyo muchas autoridades extranjeras. Pues yo le citaré autores diversos que aseguran que copa es una campana boca arriba. Y todos se engañan; porque las campanas y las copas no dejan de ser lo que son, estén boca arriba ó boca abajo. No parece sino que por decir: lo dijo Littré, ya... ¡boca abajo todo el mundo!

De modo que una campana echada á vuelo, mientras va boca abajo, es campana, y cuando va boca arriba es una copa.

Panza arriba y panza abajo, los disparates siempre son disparates, aunque se traduzcan de cuatro idiomas; la única ventaja que hay en esa *poliglotería* es la de

Y supuesto que dices boberite
vendrán á entender cuatro nacio-

El Sr. Fernández defiende una mala causa, y si no escribe mal al defenderla, no es esto decir que la defienda bien. Despreciar á Miguel Escalada por *desconocido*, es una puerilidad. Escalada todos sabemos quién es; podrá estar un poco crudo á veces, pero peor sería que estuviese cocido; tal como es, tiene mucha gracia, razón casi siempre en lo que sostiene, y muy bien ganada su reputación. *El Imparcial*, con su gran publicidad, da resonancia á los artículos de don Miguel; pero interés, mérito y cierta autoridad, los tendrían de todas maneras.

Esto, que no podría decirlo Escalada al defenderse,

lo digo yo con mucho gusto, y es el principal motivo por que escribo este deshilvanado articulejo. Y ahora, Sr. Fernández, voy á despedirme de usted con una frase que le va á hacer gracia:

«¡Adiós con la colorada!»

(Frase que, según la Academia, se emplea para despedirse.)